

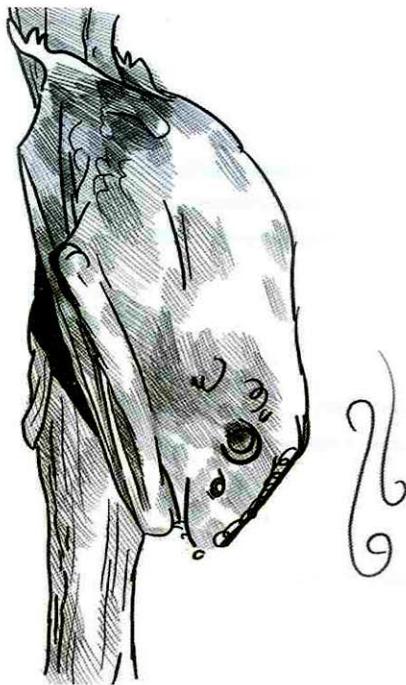


¿ESTABA MUERTO?

... O ANDABA
DE PARRANDA?

Laura Navarro Noriega

¿ESTABA MUERTO?



¿...O ANDABA DE PARRANDA?

Agradecimientos:

Rodrigo Medellín, Joaquín Arroyo, Osiris Gaona, Nuria Gómez,

Arturo González, Angélica Menchaca, Cristina Espinosa,

Maria de Jesús Teniente, Ma Luisa Franco, Araceli Serantes, Antón Lois.

D.R. © Del texto: Laura Navarro, 2007

D.R. © De las ilustraciones: Juan Sebastián Barberá, 2007

ISBN 7503006369193

Diseño y formación: LDG. Elima Montero Amores

Impreso en México

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito del autor.

CAPÍTULO 1

EL VIAJE A CUERNAVACA

Diego estaba pasando por un mal momento. Además de tener que soportar a su mamá y a su hermana, que se metían con su aspecto todo el día, por sus pelos parados, por los pantalones a media nalga, porque no se quería rasurar y daba la impresión de que tenía la cara sucia, parecía que iba a ser el peor verano de su vida. Además se había ido a dos exámenes extraordinarios: inglés y química. Por ese motivo había perdido todos sus derechos en casa. No podía salir a ninguna parte, no tenía dinero para nada, ¡ni para mensajes de celular! y para colmo de males, si no aprobaba los extraordinarios, lo cambiarían de escuela.

Faltaban sólo unos días para el viaje que cada verano hacían a Acapulco y Diego estaba muy inquieto porque no sabía si sus papás lo iban a llevar o no.

La perspectiva del fin de semana en Cuernavaca lo alegraba un poco, era su primera salida desde que sus papás vieron las calificaciones. Lo tenían que llevar: iba a ser el cumpleaños del abuelo. Lo mejor de todo era que por fin iba a ver a su tía Adriana. Ella trabajaba en una Universidad y por eso se había ido a hacer una investigación a Europa. Había pasado más de un año



y medio fuera, desde entonces no la veía. Siempre le había causado muchísima curiosidad. Era guapa y elegante, simpática y ocurrente, pero sobre todo era inteligente. Siempre traía un cuadernito en la mano y de vez en cuando anotaba algo. A Diego siempre le había dado una curiosidad tremenda ver lo que la tía escribía, se imaginaba que siendo como era, científica, deberían ser cosas muy importantes.

De vez en cuando le mandaba alguna postal desde los lugares a los que viajaba, de la selva, del desierto, del bosque, hasta de la Antártida, siempre con un mensaje que había que descifrar.

La última que le había mandado era una foto simpatiquísima de un bicho que él nunca había visto y el mensaje decía: "Adivina quién soy, averigua qué me pasó y por qué nunca más me podrás ver haciendo agujeros en los árboles". Su tía había logrado sembrar en él, el gusanito de la curiosidad.

Diego casi no tenía contacto con la naturaleza, convivía con muy pocos animales, sólo la estúpida de "Mimi", la *french poodle* de su hermana Camila. Las palabras de la foto le sonaban conocidas, le recordaban algo que había visto en la escuela. Buscó en Internet y descubrió que su tía estaba hablando de LA EXTINCIÓN: la desaparición total de una especie del planeta y que el bicho de la foto era nada menos que el Carpintero Imperial, considerado el más grande del mundo y que vivió en



Méjico. Un pajarraco encantador con un pico largísimo y un enorme copete súper rojo. En la foto se le veía el ojo tan atento que parecía que te estaba mirando.

Después de tanto tiempo sin salir, por fin había llegado el día del cumpleaños del Abuelo, esa mañana Diego estaba tan emocionado como nervioso. Todo estaba preparado para el viaje a Cuernavaca; el regalo del Abuelo, el postre y para rematar la cursi de su hermana Camila, vestida de rosa, con su perrita en brazos llena de moñitos que hacían juego con su vestido.

En cuanto se subieron al coche Diego empezó a molestar a Mimí sólo por fastidiar a su hermana.

– Mamá dile a Diego que deje de estar molestando a Mimi. ¡Míralo mamá!

– ¿Qué? ¡Si yo no hice nada! – dijo Diego con voz de mustio.

– ¡Le está desamarrando los moños y diciéndole tonta y cursi!

– Diego, estate quieto, se pone nerviosa, no vaya a vomitar como la otra vez.

– Si es perro, ¿a poco entiende lo que le digo?

– Claro que sí, ¿qué crees que no siente?

– Ya cállense y póngase cada uno en una ventana.

Desde su rincón Diego, con el auricular metido en la oreja, escuchaba música a todo volumen, mientras disimuladamente le hacía caras a Camila.

– ¡Mamá! Míralo. Me está haciendo caras.

...Por fin habían llegado, el viaje había sido eterno.



CAPÍTULO 2

EL LIBRO ROJO

La abuela como todos los años haría una paella. Diego era medio roñoso para comer. No le gustaba casi nada, pero la verdad es que a comer la paella de la abuela no se podía resistir. Últimamente sólo le gustaba el sushi; en su casa, hasta la nana Juana había aprendido a prepararlo porque si no Dieguito casi no comía.

Por fin llegó la tía Adriana, muy guapa con unas flores que parecían recién cortadas y varias bolsas. Desde que Diego la vio a lo lejos, se dio cuenta de que, como siempre, algo se traía entre manos.

A la primera que saludó fue a Camila, aunque todos sabían que siempre el preferido había sido Diego. Al abrazarla Diego le dijo rápidamente.

- ¡Carpintero Imperial, extinto!!!
- Ella puso cara de sorpresa y se echó a reír. Le dijo cariñosamente:
- Sólo dejo estas cosas, ahora hablamos.

Después de eso, Adriana tomó una de las bolsas y con una sonrisa se la entregó a Diego. Era un libro rojo, impresionante, con fotos de animales rarísimos que al parecer, estaban a punto de desaparecer del planeta.

A todos les encantó el libro. Durante la comida Adriana estuvo contando sobre una reunión a la que había ido, en la que le habían regalado el libro. La organización que la había invitado era la I.U.C.N. A Diego las letras le parecían las siglas de una de esas organizaciones de las se-

ries americanas de acción, algo así como Investigadores Universales de Crímenes Naturales. Mirándola con cara de pícaro le preguntó:

– ¿Es como el FBI de la naturaleza?

– Más o menos. – contestó Adriana con una sonrisa en la boca.

Se quedó mirando con esos ojos penetrantes que siempre ha tenido y le dijo: Es la abreviatura de la Unión Mundial para la Conservación de la Naturaleza en inglés. La gente que trabaja allí se dedica a estudiar el grado de peligro de extinción en el que están las especies y a hacer propuestas para tratar de evitar que esto suceda tan rápidamente.

Ella pensaba que lo que hacía falta era estudiar más a las especies, hacer investigaciones a profundidad, invertir dinero en ello, justo aquel verano se le presentaba una oportunidad única.



Les contó que estaba muy emocionada porque su amigo Rodrigo, le había contado que su equipo iba a hacer un viaje de campo al norte de México, a finales de junio, para buscar una especie de murciélagos que la I.U.C.N. ya consideraba extinto, y que estaba invitada. Se llamaba *Myotis planiceps*. Iría con un grupo de investigadores, cada uno estudiaría una cosa diferente. Tenían muchas esperanzas de encontrarlo y eso demostraría que tenían razón acerca de la necesidad de hacer estudios más detallados. A Diego casi se le caía la baba oyendo la conversación.

Y como si no supiera nada del castigo de Diego, Adriana se volteó hacia él y le preguntó:

— Estas de vacaciones ¿Verdad? ¿Te gustaría venir con nosotros?

Diego se quedó paralizado, si bien era cierto que se le antojaba ir al viaje, por otro lado pensaba que sería aburridísimo ir con una bola de señores científicos. La verdad es que se le antojaba más ir a Acapulco.

— Su papá, desde el otro lado de la mesa, le preguntó a Adriana: ¿necesitas un ayudante listo para trabajar duramente en lo que sea?

— Por supuesto, en los viajes de campo hay muchísimas cosas que hacer, en realidad no nos damos abasto.

— Pues no se hable más, este año Diego en lugar de ir a Acapulco va a trabajar de ayudante de investigador en el Desierto de Coahuila.

Diego se quedó estupefacto, eso sí que no se lo esperaba, tenía un montón de emociones encontradas y no sabía ni qué hacer, ni qué decir.



CAPÍTULO 3

LA MOCHILA

Desde que regresaron de Cuernavaca, Diego se sentía muy raro, era un castigo durísimo dejarlo sin ir a Acapulco, pero mandarlo a trabajar era demasiado. Lo único bueno era que su jefa sería su tía Adriana, aunque Diego no sabía en realidad cómo era ella en su trabajo.

Había estado pensando en las cosas que llevaría al viaje. Sacó su maleta roja con rueditas y empezó a meter todo lo que se le iba ocurriendo. Había escuchado que en el norte estaba haciendo mucho calor, entonces metió sus huaraches, unas camisetas delgaditas, pantalones cortos, su gorra y por supuesto su traje de baño y sus gogles, ¿quien sabe? Tal vez hubiera una súper alberca en el hotel.

También metió una lupa que nunca había usado, regalo de su tía Adriana, una red y unos frascos para guardar bichos que tenía desde que era pequeño y que había usado mucho.

De pronto se acordó de una vez que fueron a un concierto al Auditorio Nacional en la que le compraron unos binoculares, abrió la puerta del closet y comenzó a buscar en una caja llena de juguetes que ya no usaba pero que se negaba a tirar. Por fin, casi en el fondo, aparecieron. Les sopló para quitarles el polvo y comprobó que se veía bastante mal, de todas formas los echó a la maleta, quizás sirvieran para algo. Dos días antes de la salida recibió un mail de su tía con una pequeña lista de cosas que no debía olvidar. Diego se sintió como un tonto, casi nada de lo que

había metido en la maleta estaba en la lista y lo peor de todo, aclaraba que la maleta tenía que ser pequeña y poderse cargar en la espalda.

Sacó todo lo que había en la maleta, se subió en una silla para buscar hasta arriba del closet una mochila que le habían comprado para el campamento de sexto de primaria. La sacudió un poco y con la lista en la mano fue metiendo cuidadosamente cosa por cosa; la gorra, las botas, una linterna con pilas nuevas, un chaleco con muchas bolsas.



Faltaban sólo unas horas para que lo llevaran con su tía. Dormiría en su casa porque la salida era al día siguiente muy temprano.

Nada más llegar, vieron una camioneta de la Universidad llena de cosas. Al bajarse del coche su papá lo tomó de un brazo y le dijo:

– Más te vale que pases esos extraordinarios, tienes que estudiar y además portarte muy bien, obedecer en todo y trabajar muy duro.

Le dio un abrazo y cariñosamente le dijo:

– ¡Que te diviertas!

Adriana estaba como loca con los últimos detalles. A Luis, el papá de Diego, le daba pánico que manejara Adriana, era muy despistada y no lo hacía muy bien. Se quedó más tranquilo al descubrir que muchos de los investigadores que iban sabían manejar, ¡Seguro que mucho mejor que ella! Era un viaje bastante largo y se turnarían. Cuando Diego y Adriana estuvieron solos, su tía abrió un cajón, sacó una libreta de pasta dura y se la dio a Diego:

— Es tu libreta de campo, es como un diario, en él tienes que apuntar todo lo que vayas viendo en la salida, para que a la hora de contar cómo te fue no se te escape ningún detalle. Y ahora, ¡a la cama que mañana hay que madrugar!

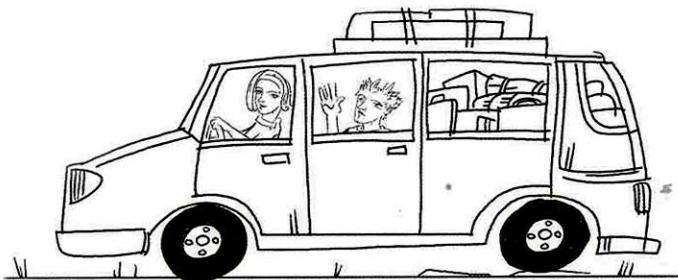
Lo llevó al estudio, dónde ya le tenía preparada la cama.

CAPÍTULO 4

EL CAMINO

Aunque Diego había dormido muchas veces en el estudio, esa noche no pegó ojo. Sus ideas iban a mil por hora, no podía parar de pensar, nunca había visto un murciélagos y tampoco había ido con su tía al campo y eso le hacía ilusión, pero también le asustaba. Se imaginaba a los investigadores como una bola de señores mayores muy serios, con lentes, hablando todo el tiempo de cosas importantes y difíciles de entender, seguro eran muy aburridos. También pensaba en la comida, ¡con lo melindroso que era! ¡A ver que le daban de comer! Estaba muy inquieto.

A las 8:00 en punto llegaron todos: Joaquín, Richard, Bernal y Claudia. Su tía se los presentó y le contó que en Saltillo se encontrarían con otros investigadores más que venían de otras universidades. La reunión sería en el Museo del Desierto, la gente que trabaja allí los ha ayudado mucho y en esta ocasión los iban a acompañar al campo.



Se pusieron en marcha, sólo que antes de salir tendrían que pasar a recoger un poco de hielo seco.

— Aquí es, — dijo Joaquín. Él era el jefe de la expedición.

Se detuvieron frente a un enorme portón, era como una bodega rarísima con un letrero que decía Fábrica de hielo seco “La quinceañera”.

— ¿Qué será eso del hielo seco y para qué lo quieren? — se preguntaba Diego—.

Como si le hubiera leído el pensamiento, su tía se volteó y le contó:

— El hielo seco lo utilizamos porque es quince veces más frío que el hielo normal, no moja y no humedece los productos que se ponen a enfriar y eso es justo lo que necesitamos para conservar los ejemplares y las muestras de los animales que tomamos en el campo. ¿Tú sabes para qué más sirve el hielo seco?

Diego se quedó pensando pero no se le ocurría nada, hasta que miró hacia fuera y se dio cuenta de que en una de las puertas había una larga fila de carritos de paletas y de helados.

— Para que las paletas y los helados no se derritan, contestó muy orgulloso.

— Sí, y también lo usan para las fiestas de quince años, ponen trocitos de hielo seco para que la quinceañera baje por las escaleras con los chambelanes entre humo. ¿Sabes cómo lo hacen? Diego se quedó callado. No tenía ni idea.

— Seguro que en química ya viste eso de que el dióxido de carbono tiene 2 átomos de oxígeno y uno de carbono.

— ¡Ah! Sí, algo así.— Diego no tenía idea de qué le estaba hablando.

— ¿Te acuerdas de la fórmula?

— No... pus por eso reprobé, esa era una de las preguntas del examen.

— Uno de carbono y dos de oxígeno CO₂. Como si tienes una quinceañera y dos chambelanes.

— Ah, claro...

— Bueno pues si al dióxido de carbono le metes presión una parte se evapora y lo demás se congela, queda como nieve, pero si la sigues apretando se parece al hielo. Eso es el “hielo seco”. No se derrite porque no es de agua como los cubitos normales.

— Aaah! — Diego sacó su libreta de campo y anotó:

“Por fin entiendo para qué demonios sirven las clases de química, si la maestra no fuera tan estricta y nos lo hubiera explicado así, todos hubiéramos pasado el maldito examen. Si me viera ahora, se moriría, aprendiendo química en “La quinceañera”.

Joaquín se subió a la camioneta y con una cara muy alegre dijo:

— ¡Ahora sí, en busca del murciélagos planiceps!



Diego se preguntaba que significaría ese nombre tan raro.

En cuanto entraron a la carretera Joaquín aceleró. Diego se puso un poco nervioso. No sabía a quién prefería al volante: si a su tía, lenta y despistada o a este señor, que aunque manejaba muy bien, iba demasiado rápido.

– ¡Menos mal que mi papá no lo conoce! Si lo conociera, seguro que no me deja venir – pensó Diego –.

Venían platicando de todo, nada que Diego no pudiera entender, de cine, de música. Uno de los investigadores puso un MP3 con salsa o algo así. Al rato, sacando de su mochila un disco Diego se lo enseñó:

– En este disco viene mi canción favorita ¿no lo has oído?

– Bernal soltó una carcajada –No es de mis tiempos, a ver vamos a oírlo.

– Pon la tercera, es mi favorita: “Helena”.

En cuanto comenzó Joaquín comentó: – Ah, yo sí la había oido y me gusta bastante.

Después hablaron de futbol, estaban traumados porque esa noche el equipo de la Universidad iba a jugar la final de la liga y ellos no iban a poder ver el partido. Hacían bromas y se reían mucho. No eran nada serios ni aburridos como Diego se los había imaginado.

Pasando Querétaro se pararon a desayunar, en un lugar que, por suerte, tenía un bufet con muchas cosas. A Diego se le iluminó la cara: podría escoger su desayuno. Esta vez estaba salvado.

El camino era muy largo, le habían dicho que se hacían como diez horas, más el tiempo que tardaran en las paradas.

Diego estaba encantado, ya para esos momentos se sentía muy a gusto con todos, en confianza, hacían muchas bromas y se reían mucho.

El camino era bastante desértico. De pronto a la orilla de la carretera vio unos puestitos de palma en dónde parecían vender animales. Pregun-

tó de qué se trataba y decidieron parar para ver de cerca. El que atendía en ese momento era un chavo como de la edad de Diego, se acercaron y se pusieron a platicar con él.

Era de una comunidad que se dedica a vender todo tipo de especies de animales o plantas, vivas o muertas: ardillas, cactus, tortugas, serpientes, venaditos, águilas, lagartijas, etc. En la cara de todos había una mueca de malestar.

En cuanto estuvieron dentro de la camioneta comenzaron a hablar acaloradamente del tema: lo que Diego entendió fue que hay un acuerdo entre los gobiernos de muchos países, que se llama CITES (Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres) La gente que trabaja ahí cuida que el comercio de animales y plantas no ponga en riesgo su supervivencia.

A Diego le quedó claro que aunque hay mucha gente trabajando duro e intentando que no se vendan o compren especies desordenadamente, hay problemas muy complicados que tienen que ver con las personas, que también tienen necesidades, que quieren vivir mejor y que están dispuestos a cualquier cosa con tal de tener algo para comer y para cuidar a su familia, aunque algunos animales o plantas desaparezcan.

— Por lo visto los problemas del medio ambiente tienen mucho que ver con los de los humanos, — apuntó Diego en su libreta—.

Después de varias horas pararon de nuevo a comer, Diego estaba sufriendo un poco con eso de las comidas, no sabía qué iba a haber y ni modo que con toda esa gente, saliera con que “yo quiero mi sushi”. Lo único que encontraron en el camino fue una fondita que anunciaba afuera sándwiches y hamburguesas. La verdad es que no estaban muy buenas, pero con el hambre que tenían, se las comieron sin hacer ningún comentario.

Había llegado la hora del partido, sintonizaron una estación en la que lo transmitían en vivo, Diego nunca había escuchado un partido por ra-

dio. Estaban todos tan emocionados, haciendo comentarios, gritando las jugadas como si lo estuvieran viendo, que a Diego le pareció el mejor partido del mundo. Para colmo de la emoción ganó su equipo. El viaje comenzaba muy bien, no se parecía en nada a lo que Diego se había imaginado.



Llegaron ya de noche a la ciudad, directamente al hotel. Todos estaban cansados y se fueron a dormir, al día siguiente empezarían a trabajar temprano, quedaron de verse a las 8:00 para desayunar.

Diego se sentía agotado. En cuanto entró al cuarto con su tía, cayó en la cama y así, vestido como estaba, se quedó dormido como una piedra.

Adriana cariñosamente lo tapó y apagó la luz.

CAPÍTULO 5

LA FRUSTRACIÓN

Al día siguiente cuando llegaron a desayunar sólo había huevos con machaca y fruta. Su tía le hizo un guiño y Diego en un acto de valor se atrevió a probarlos y tuvo que reconocer que estaban muy ricos.

Cuando llegaron al Museo del Desierto saludaron a la gente que trabajaba allí y bajaron a la dirección. Estuvieron un buen rato hablando con Arturo, el director sobre las expectativas del viaje, parecía que era algo muy importante. Poco a poco fueron llegando el resto de los investigadores de los que le habían hablado, comenzaron a hablar medio en español, medio en inglés, hasta que toda la conversación fue en inglés.



Diego tenía una cara muy chistosa; parecía que estuviera haciendo un gran esfuerzo por abrir las orejas y entender lo que decían, pero no tuvo mucho éxito. Todos estaban muy emocionados por encontrar al murciélagos y hablando de todo lo que harían si lo lograban.

Adriana se puso al lado de Diego y le fue presentando a cada uno de los investigadores que participarían en la expedición. Le contó que Stefi era experta en parásitos y que tomaría muestras de los murciélagos para estudiarlos, que Richard grabaría los sonidos con un *anabat* (un aparato especial que se conecta a una computadora para registrar los sonidos de los murciélagos en gráficas y transformarlas en frecuencias que los humanos podemos oír) y que iría también un experto en radios.

Joaquín estaba convencido de que encontrarían al planiceps porque según él nadie lo había ido a buscar con cuidado.

Salieron al estacionamiento. Al voltear Diego se dio cuenta de que había otras dos camionetas preparadas para el viaje, una de ellas tenía la calcomanía de un dinosaurio en la puerta. ¡Aquello parecía una verdadera expedición, como en las películas!

Se dirigieron hacia la carretera. Ya en el camino sacaron una maquinita que según le explicó Adriana, servía para enlazarse con los satélites que están alrededor de la tierra y saber en qué punto exactamente está uno ubicado en el planeta. Se llama GPS, que quiere decir Sistema Global de Posicionamiento por sus siglas en inglés. Le habían programado las coordenadas del lugar exacto en el que habían capturado el último murciélagos reportado, como en el juego de submarino, y el GPS los estaba guiando hacia allá. Empezaron a ver algunas casitas y siguiendo las señales llegaron a un lugar que parecía una escuela.

Al verlos llegar salió Don Gabino, el portero, Joaquín se presentó con él y éste fue inmediatamente a buscar a la directora. Le explicaron a qué iban y le comentaron que el punto exacto que les había marcado el GPS,

era su escuela. La directora se mostró muy entusiasmada con la idea, hasta parecía estar orgullosa. Le pidieron permiso para poner las redes en su territorio y se fueron a inspeccionar el terreno.

Después de caminar un poco encontraron una pileta, una especie de alberca en dónde se almacena agua para regar las plantas. Emocionados pensaron que era el sitio perfecto para poner las redes, ya que parecía ser el único lugar dónde había agua y los murciélagos tendrían que pasar por allí a beber durante la noche.

Pusieron las redes en ángulo, en la esquina de la pileta y se sentaron, muertos de frío, a esperar a los murciélagos. Al principio la plática era muy animada, hacían chistes, como que a la directora le había gustado Joaquín y que por eso había sido tan amable, que al primer murciélagos que cayera lo iban a guisar para ver a qué sabía, que se les antojaba echarse al agua a nadar un ratito... evidentemente todo era broma. Pero poco a poco se fueron desanimando al ver que no caía ningún murciélagos. Por fin tuvieron que reconocer que habían fracasado. Eran las



doce de la noche y estaban recogiendo las redes, cuando de pronto llegaron unos hombres mayores con unas escopetas viejas a preguntarles qué estaban haciendo allí. Diego se asustó un poco, pero en cuanto se acercaron a hablar con ellos se dieron cuenta de que eran los vecinos. Estaban inquietos porque pensaban que estaban haciendo algo malo. Cuando Joaquín y Adriana les explicaron lo que habían venido a hacer y que tenían permiso del gobierno y de la directora, se relajaron y hasta se rieron.

Diego y el grupo de investigadores regresaron a dormir al hotel sin cenar, cansados, cabizbajos y bastante desilusionados. Empezaban a creer que en verdad el planiceps había desaparecido para siempre. Diego se echó en la cama, sacó su libreta y comenzó a escribir. Se sentía muy frustrado, por un lado, porque no habían encontrado nada a pesar de la gran cantidad de expertos que participaban, y por otro, porque no entendía todo lo que hablaban en inglés, y no tuvo más que reconocer que si le hubiera puesto atención a sus clases se estaría sintiendo mucho mejor.

CAPÍTULO 6

EL VIAJE A CUERNAVACA

Por la mañana, antes de salir al campo, pasaron a la tiendita a comprar pan, galletas, atún y alguna que otra chatarra, para matar el hambre durante el día.

Adriana había perdido un poco de optimismo, Joaquín tenía cara de contrariado, estaba decidido a encontrar al planiceps. Acordaron que dedicarían el día a sondear cuevas en los alrededores de la ciudad.

Preguntaron por los sitios en dónde podría haber cuevas, les dieron las instrucciones y se fueron a buscar.

Hacía muchísimo calor. Aunque traían gorra y agua, era un trabajo bastante pesado, parecía que las cosas no estaban saliendo muy bien. No encontraban ninguna cueva, lo que encontraron fueron puros cuevones, unas cavernas más pequeñitas y poco profundas. No hallaban ningún murciélagos: ¡mucho menos un planiceps! Lo único bueno era que se habían topado con algunos pictogramas muy bonitos, esos que pintaron los hombres hace muchos, muchos años. Eran unas espirales y figuras de animales como venados y aves, de color terracota. Parecía increíble que el tiempo no los hubiera borrado.

Joaquín no se daba por vencido, no descansaría hasta encontrar el refugio y el murciélagos. Había que seguir buscando en otros lugares.

Se decidió hacer otro intento en la escuela donde habían estado la noche anterior. En el camino fueron pensando el por qué no había caído

ningún murciélagos. Discutieron las causas probables y llegaron a un acuerdo: poner las redes en la pileta de otra manera. Además colocarían otras en un bosquecito que rodeaba la escuela.

Cuando se acercaron en las camionetas, se empezaron a reír, había todo un comité de bienvenida. Estaban: el portero, la directora, varias alumnas y algunos vecinos. Todos habían venido con la esperanza de ver al murciélagos extinto que supuestamente habían atrapado la noche anterior.

A Joaquín se le congeló la sonrisa y Adriana se empezó a reír:

— ¡Y ahora cómo les vas a explicar que no lo hemos encontrado? —

— ¡Chin...! No me esperaba esta recepción. ¿Qué tal si echamos un volado a ver quien se baja primero y les cuenta la triste realidad? —

— ¡Noooo! — gritaron todos a coro. Te toca a ti que eres el comandante de la expedición — Le dijeron a Joaquín —.

Con resignación él se dirigió al grupo para dar una explicación. Así es la vida de los investigadores, a veces todo sale muy bien y a veces no.

Al rato pusieron manos a la obra, había mucho que hacer.

Llegando a la pileta colocaron las redes en forma de "V", en el centro, sobre el agua, sólo había un problema, ¿cómo revisarían las redes y sacarían a los murciélagos? La directora, que esa noche estaba muy atenta mirando lo que hacían, tuvo una idea genial: les ofreció una lanchita inflable, que tenía en la bodega. Felices decidieron colocarla en la pileta, Javier del Museo, puso un sistema de cuerdas, para que el viento no la moviera demasiado y ellos se pudieran acercar en cuanto cayera un murciélagos.

Se sentaron a esperar, todos muertos de frío junto a la lanchita, sólo que esa noche iban mejor preparados, con cobijas para aguantar. Estaba muy oscuro. Entre ellos hablaban en inglés. Diego estaba frustrado de no poder entender todo lo que hablaban, sentía que se estaba perdiendo

de cosas importantes y al parecer divertidas, porque todos se reían mucho. Aunque tenía que reconocer que cada vez entendía un poco más.

De pronto alguien volteó hacia la red, apuntó con su linterna y dijo:
– ¡Hay un murciélago! ¡Y está bien chiquito! ¡Están cayendo varios!

Todos aventaron lo que traían en la mano y salieron corriendo hacia allá. Se subieron Claudia y Bernal a la lanchita. Diego llegó corriendo y sin pensarlo, de un brinco se subió también. Estaban todos excitadísimos y eran tales los nervios y la corriente que se hacia por el viento, que chocaron contra la red.

– ¡Cuidado háganse para la izquierda! ¡No tanto! Equilíbrese. Nos vamos a caer.

La lancha iba de un lado a otro y acabaron empapados, hasta que al fin lograron estabilizarla.

– Diego alúmbrame aquí donde tengo las manos. Pásame los guantes. Acércate más.– Le pidió Claudia–.

– Mira, se ponen muy nerviosos cuando caen en las redes, por eso chillan tanto.– Le hizo notar Bernal–. Hay que irlos desenredando poco a



poco, como lo harías con una madeja de estambre cuando se hace bolas. Pero con mucho cuidado porque las alas de los murciélagos son muy frágiles y se pueden romper con facilidad.

Diego nunca había visto un murciélagos, estaba con la boca abierta al ver como iban desenredando uno a uno a los que estaban atorados en la red.

– Diego, pásame esos saquitos de tela que están allí. Abre uno.

Diego casi temblando, entre la emoción, el frío y los nervios abrió el saquito y les ayudó a meter a cada murciélagos en uno. Mientras lo hacían, Diego se dio cuenta de que eran muy distintos: uno muy orejón, otro café con la cara negra y otros dos muy pequeñitos.

Regresaron a donde estaban los demás y les entregaron los cuatro murciélagos. Joaquín fue abriendo una por una las bolsitas y fue diciendo a qué especie pertenecían. Cuando abrieron la última, no sacaron al murciélagos. Según ellos era el único que podía tal vez ser un planiceps. Fueron rápidamente por sus instrumentos de precisión: un vernier (una especie de regla), una pesola (una especie de báscula), una clave de identificación de campo (un librito dónde vienen todas las especies de murciélagos de México) y se llevaron al sospechoso sin decir nada. Se metieron a la camioneta, verificaron que todas las ventanas estuvieran bien cerradas y sacaron al murcielaguito. ¡Le midieron hasta la lengua al pobre! Se dieron cuenta de que era una hembra, más chiquita que el dedo meñique de Diego, que pesaba solo 3 grs, y que de punta a punta de las alas, media 12 centímetros, más o menos como un lápiz.

Salieron con cara de éxtasis ¡ERA UN *MYOTIS PLANICEPS*! No había duda. Todos se tomaron la foto con el murciélagos que habían encontrado. ¡Estaban felices!

– Ahora sí mañana podemos enseñárselos a todos. La directora se va a poner muy contenta – dijo Adriana muy entusiasmada –.

Cuando le tocó a Diego tomarlo en la mano sintió una emoción tremenda. Era la primera vez que tocaba a un murciélagos.

¡Qué chiquita! –dijo Diego, que en ese momento ya sabía que era hembra.– No pesa nada y tiene el pelo muy suave. Le vamos a llamar Helena, como mi canción favorita –dijo Diego–.

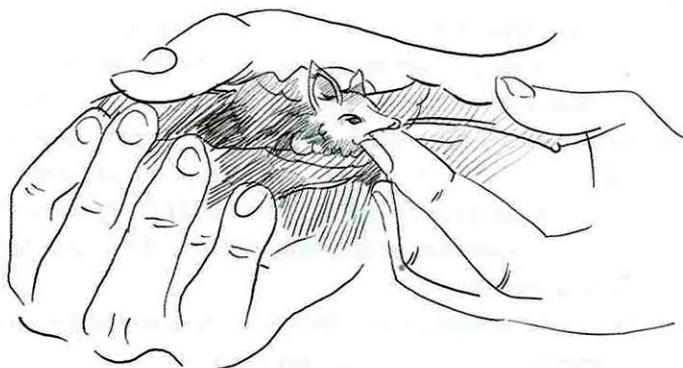
– Sujétala con cuidado, no se vaya a lastimar las alas Adriana estaba muy orgullosa de que Diego la agarrara con naturalidad.

– ¡Qué alas tan delicadas! Son como transparentes, hasta se le ven las venas –dijo Diego mientras la acariciaba–.

Helena comenzó a darle mordiditas en uno de los dedos. Diego sintió cosquillas, su boca y sus dientes eran tan pequeños que no alcanzaba a morderle el dedo. Diego hasta pensó que le estaba devolviendo los cariños. Se pasó un buen rato en el apapacho con Helena antes de devolverla al saco. ¡Se había encariñado con la diminuta murciélagos!

Después de festejar, comer atún con galletas y brindar por el éxito de la misión, tomaron el saquito de tela con Helena y se fueron a dormir muy contentos y satisfechos.

– ¡Por fin encontramos al planiceps! –escribió Diego en su libreta–.



CAPÍTULO 7

EL FESTEJO

Al otro día, se fueron directamente al Museo del Desierto. Todos se veían radiantes, ¡lo habían logrado! El director daba de brincos, llamó al encargado de difusión y convocaron a una conferencia de prensa con motivo del redescubrimiento del planiceps. Trataron al murciélagos como toda una estrella de la televisión: le sacaron miles de fotos y video, hablaron del valor del descubrimiento, de la extinción de las especies y de la importancia de la investigación científica.

No paraban. Se metieron en un laboratorio vacío y soltaron a Helena mientras registraban los sonidos inaudibles para los humanos con un anabat. Hablaban y hablaban, estaban muy acelerados. Todo era súper emocionante. Esa noche volvieron al mismo lugar donde habían encontrado a Helena, con el plan de pegar un radio transmisor a Helena para seguirla y descubrir el sitio en donde descansaba durante el día.

Diego tenía emociones encontradas: por un lado, se había encariñado tanto con Helena que le daba pena tener que dejarla ir. Pero por otro lado, entendía bien que ella estaría más feliz al estar en libertad y que los investigadores podrían aprender más de ese tipo de murciélagos y así ayudar a que no se extinguiera de verdad.

Finalmente Diego fue el encargado de soltarla. Sintió que los ojos se le llenaban de agua, parecía que se le iba a salir una lágrima.

— ¡Adiós Helena! Te voy a extrañar mucho —le dijo muy cariñosamente y abrió las manos mientras la lanzaba para que pudiera volar —.

Adriana se le acerco y lo abrazó, mientras los dos seguían con la vista a Helena que se alejaba volando a toda velocidad.

Cuauhtemoc, el experto en radios encendió el receptor y comenzaron a seguir la señal, pero al poco rato la perdieron totalmente. Estaban todos desilusionados, cuando de repente comenzaron a recibir nuevamente la señal. Seguramente Helena se había metido en el bosque a buscar insectos para comer un poco, por eso había dejado de oírse unos instantes.

La siguieron nuevamente y fueron a dar a un lugar totalmente inesperado: una yuca, que es como una palma gigante.

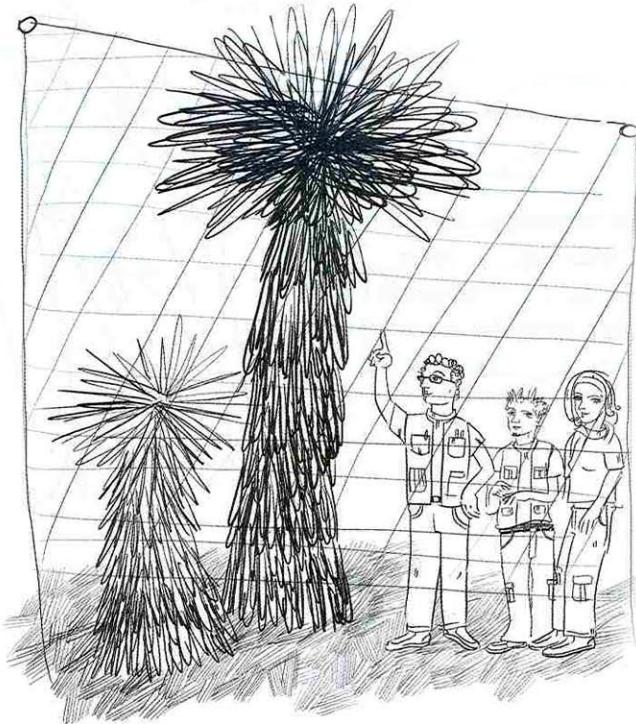
— ¿Qué podría ir a buscar ahí? — pensó Diego —.

Rápidamente pusieron redes alrededor de la palma y al cabo de unos cuantos minutos estas se empezaron a llenar de murciélagos.

— ¡Guau, cuántos murciélagos! gritó Diego.

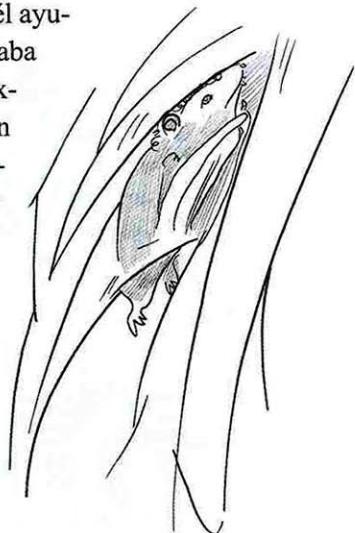
Nunca se imaginaron que habría tal cantidad. Todos apurados comenzaron a soltar a los que habían quedado atrapados. Eran tantos que hasta Diego tuvo que ayudar. Daban pena los pobres, chillaban mucho, había que hacerlo con mucho cuidado, como le habían explicado. Él ya no les tenía miedo y sabía que chillaban porque estaban asustados. Les hablaba con cariño, los tocaba con suavidad, tratando de tranquilizarlos mientras los desenredaba.

Cuando terminaron de sacarlos, cerraron las redes. Las caras de felicidad eran increíbles: ¡no sólo habían encontrado el refugio, sino que además estaba ocupado por una colonia de maternidad!, ¡Puras hembras embarazadas o lactando! ¡Cientos de bebés con sus mamás estaban metidos entre las hojas de la Yuca! Eso explicaba una cosa muy importante: ¿por qué se llaman paniceps? ¡Por que tienen la cabeza aplastada para meterse en los huequitos entre las hojas!



Ya de salida estuvieron un buen rato hablando con la gente de la escuela y con los vecinos. Esta vez sí les enseñaron algunos murciélagos que traían y les contaron lo que habían descubierto. Todos estaban muy orgullosos, unos por haber encontrado al planiceps, otros porque había sido en su territorio. Se comprometieron a cuidar ese tesoro natural que tenían tan cerca y del que ni cuenta se habían dado. Se despidieron con la certeza de que muy pronto se volverían a ver. Aún faltaban muchas cosas por saber de este pequeño animalito....

Diego se quedó pensando cómo podría él ayudar, de ahí hasta el siguiente verano faltaba mucho y no quería quedar fuera de esta experiencia. Se le ocurrieron varias cosas. En cuanto regresara a la escuela pediría permiso para dar una conferencia y compartir con sus compañeros, esta maravillosa experiencia y todo lo que había aprendido de los murciélagos. También pensó en hacer una campaña y recaudar dinero para ayudar en las investigaciones, ¡estaba muy emocionado!



CAPÍTULO 8

EL REGRESO

El último día todos estaban radiantes, había valido la pena el esfuerzo, los meses de preparación, las frustraciones del principio, el frío y las peripecias que habían tenido que hacer para encontrar a Helena.

Pasaron al museo a despedirse. Cuando entraron en la oficina y Diego vio una computadora, se abalanzó sobre ella. Se dio cuenta de que en todos esos días no se había acordado de chatear, de mandar mensajes de celular, ni nada de eso.

Inmediatamente les mandó un mensaje a todos sus amigos:

L' ENCNRMS N STA XTNTO!!!!!!!

Ya de regreso en la camioneta, Diego estaba feliz. Había sido una aventura inesperada y fantástica. A veces parecía que los investigadores no estaban trabajando, sino jugando a descifrar acertijos con paciencia e ingenio.

En cuanto avanzaron un poco, Bernal conectó el MP3 y a todo volumen puso esa canción tan popular que dice:
“No estaba muerto, andaba de parranda”



Diego se sentía como un volcán a punto de explotar, lleno de emociones, sensaciones e ideas.

Estaba tan revolucionado que no sabía por donde empezar a

poner orden en su cerebro y su corazón. De pronto volteó hacia su mochila vio su libreta de campo y comenzó a escribir.

– ¡Estuve chidísimo! Participé en el descubrimiento del siglo, cómo si hubiéramos descubierto un dinosaurio o un planeta.

Para Diego ser parte del equipo de especialistas que redescubrió una especie de murciélagos que se consideraba extinto fue muy importante. Descubrió que trabajar en equipo es divertido y difícil, que el trabajo de campo es duro, pero puede tener grandes recompensas.

Diego seguía escribiendo:

– Aprendí para qué demonios sirve lo que nos enseñan en la escuela, especialmente el inglés y la química.

Sentía que lo más increíble de todo era haberse dado cuenta de la diferencia que hay entre ver la naturaleza en una pantalla y sentirla directamente. El olor, la temperatura, la humedad, el desierto, son cosas que definitivamente no se pueden sentir a través de la tele, el Internet o el celular.

Ya se veía la ciudad y antes de cerrar el cuaderno Diego muy satisfecho escribió:

No es lo mismo pensar en un murciélagos y verlo en la tele, que tocar su pelo, suave y calientito, mirarlo a los ojos y sentir su corazón latiendo a toda velocidad.

EXTINCT,



OR PLAYING HIDE AND SEEK?

CHAPTER 1

THE TRIP TO CUERNAVACA

Diego was having a hard time. Not only did he have to put up with his mother and sister nagging him about his look all day (his wacky hair, his *very* low-ride pants and his dirty looking face which he refused to shave); but since he had failed two subjects, English and Chemistry, he had lost all of his rights at home, and it looked like this was going to be the worst summer ever. He was grounded and he had no money (not even for text messaging!), and on top of it all, if he did not pass the make-over exams, his parents would send him to a different school.

There were only a few days left before his family went to Acapulco as they did every summer, and since Diego had no idea if his parents would take him with them this year, he was feeling increasingly anxious.

Thinking about the upcoming weekend at Cuernavaca made him a little happy; it was the first time he was allowed to get out of the house since his parents saw his grades. They had no choice but to take him along; it was his grandfather's birthday. The best part of it all was that he was finally going to see his aunt Adriana. She worked at a university and she



had been in Europe working on a research project. It had been a year and a half since he had last seen her.

Aunt Adriana had always seemed very interesting to Diego. She was pretty and elegant, kind and witty, but, above all, she was very intelligent. She had a small notebook with her at all times and wrote things on it now and then. Diego had always been very curious to read his aunt's notes because, he thought, being a scientist, she must write very important things.

Sometimes she sent him postcards from the places she visited: from the jungle, the desert, the forest, even from Antarctica; and they always had a riddle he was supposed to solve. The last one she had sent was a picture of a funny looking bird he had never seen before and the riddle was: "Guess who I am, find out what happened to me and why you'll never see me pecking at trees anymore". His aunt had managed to hook his curiosity.

Diego's contact with nature was almost nonexistent: the only animal he was in touch with was "Mimi", his sister Camila's stupid French poodle. When he read the message on the postcard the words reminded him of something he had heard at school. He searched the web and found out that his aunt was talking about EXTINCTION: the complete disappearance from the planet of a plant or animal species. The animal in the picture happened to be an imperial woodpecker, a bird which once lived in Mexico and was considered to be the largest of its kind in



the world. It was a gorgeous bird with a very long beak and a huge super-red crest and whose fixed eye made you feel like he was looking straight at you.

Finally, after such a long time waiting to go out, his grandpa's birthday arrived and Diego was as excited as he was nervous. Everything was ready for the trip to Cuernavaca: grandpa's present, dessert for the whole family and, to complete the baggage, his cheesy sister Camila all dressed in pink and her silly dog covered in matching bows.

The minute they got in the car Diego started teasing Mimi just to annoy his sister.

– Mom! Diego is teasing Mimi! Mom! Tell him to stop it!

– What? I didn't do anything! said Diego innocently.

– He's ruining her bows! And he calls her cheesy and stupid!"

– Diego please stop it! You know the dog gets nervous, and we don't want her throwing up in the car again!

– But it's a dog! It doesn't understand what I say.

– Of course she does! Don't you think she's got feelings?

– Be quiet, both of you! Keep to your own seat and look out the window!

Diego put on his earphones and played very loud music, but he kept discretely making mocking faces at his sister.

– Mom! Look at him! He's mocking me!

...At last they arrived.
The trip had seemed to last forever.



CHAPTER 2

THE RED BOOK

Like every year, Grandma was making paella. Diego was kind of picky with food; almost nothing ever pleased him. He had lately developed a taste for sushi, and even Nanny Juana had had to learn how to make it because “Dieguito” would not eat anything else. But to tell the truth, grandma’s paella was delicious, and not even Diego could resist it.

Aunt Adriana finally arrived. She looked very pretty carrying a bunch of fresh flowers and some bags. From a distance, Diego saw her and knew instantly that she was up to something.

She greeted Camila first, even though everybody knew her favorite was Diego. When she finally hugged him, Diego told her very rapidly, “Imperial Woodpecker! Extinct!”

She looked surprised and then burst into laughter and said him affectionately, – Let me put these things away, and then we’ll talk.

Adriana then took one of the bags and gave it to Diego. He found an amazing red book inside; it contained pictures of strange animals that must be very close to extinction.

The whole family loved the book. As they enjoyed the paella, Adriana told them about the meeting where she had got it. The organization that had invited her was the IUCN. The initials made Diego think of those organizations in American TV series and he wondered if maybe they meant something like “International Union of Curios Nephews” or

anything like that. Looking at his aunt mischievously, he asked her, "Is it something like the FBI for nature?"

"Something like that," said Adriana smiling. She stared at him with those penetrating eyes of hers and continued. "It's the acronym for The International Union for the Conservation of Nature and Nature Resources. The people who work there study the degree of endangerment for a species and make proposals to prevent their extinction."

Adriana then told them that in order to succeed in this it was necessary to invest more money on more studies and deeper research on even more species. For example, she told them cheerfully, just that summer she had a unique opportunity at her door. Her friend Rodrigo and his research team were going on a field trip to the north of Mexico in search of the



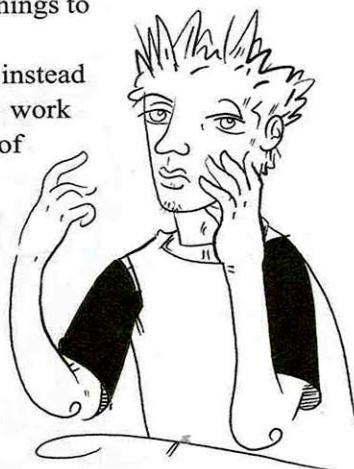
Myotis planiceps, a bat species that the IUCN thought extinct. The trip would take place at the end of June, and she was invited to come with the group of experts who would study the species. They all were very hopeful that they could find the bat, because this would prove the need for more careful studies. Diego was practically drooling over the conversation and was startled when, as if she did not know about his punishment, Adriana turned to him and asked him, "You are on vacations, right? Would you like to come with us?"

Diego didn't know how to answer. On the one hand he wanted to go on a trip, but on the other he thought it would be really boring to go with a bunch of old scientists. The truth is he felt more like going to Acapulco.

From across the table, his dad asked Adriana,

- Do you need an assistant ready to work hard in any chore?
- Of course, said Adriana,
- In field trips there are always many things to do and help is always needed.
- Well, then, say no more; this year instead of going to Acapulco, Diego is going to work as a research assistant in the desert of Coahuila.

Diego was astonished. He certainly did not expect this, and had so many mixed emotions that he did not know what to do or what to say.



CHAPTER 3

THE BACKPACK

Ever since they had got back from Cuernavaca, Diego had been feeling very weird. Not taking him to Acapulco was already a hard punishment, but sending him to work was just too much. The only good thing about it was that Aunt Adriana was going to be his boss, but he did not really know what she was like at work.

He had been thinking about what to take with him on the trip. He finally took out his red suitcase, the one with the little wheels, and started dropping into it everything that came to his mind. He had heard that it was very hot in the north, so he packed his sandals, some fresh t-shirts, some shorts, his cap and, of course, his swimsuit and his goggles because, who knows? Maybe there was a super pool at the hotel. He also packed a magnifying glass his aunt had given him, a net and some jars he used to put bugs into when he was a child.

He suddenly remembered a pair of binoculars his parents had bought for him at a concert. He opened the closet door and looked for them inside a box full of toys he didn't play with anymore but refused to throw away. Finally, almost at the bottom, he found them. He blew the dust away and tried them. The image was quite blurry, but he dropped them into the suitcase anyway, just in case. Two days before the trip he got an e-mail from his aunt giving him a list of items he should not forget to bring. Diego felt really stupid. Almost none of the things he

had packed were in the list and, worst of all, his aunt was very clear about the suitcase being a small one; a backpack, actually.

Diego unpacked his suitcase and then stepped on a chair to reach in the closet for the backpack he kept from 6th grade camp. He dusted it a little bit and then packed carefully with the list in hand: a cap, hiking boots, a lantern with new batteries, and a vest with many pockets.



It was just a few hours before they drove him to his aunt's; he was going to spend the night at her place because they had to leave very early the next morning.

When he and his father arrived, they saw one of the university's vans already packed with things. As he stepped out of the car, Diego's father took him by the arm and told him,

— You better get good grades on those make-up exams. You have to study and behave very well. Do as they tell you and work hard.

He then hugged him and told him tenderly,

— Have fun!

Adriana was hurrying from one place to the other trying to get everything ready to leave. Luis, Diego's father, was really worried about Adriana driving. She was kind of clumsy and not very good with cars. But he calmed down when he found out that other members of the research team knew how to drive. They surely would be better at it than Adriana! It was going to be a very long trip, and so they would take turns at the wheel. When Diego and his aunt were alone, Adriana opened a drawer, took out a notebook with hard covers and gave it to him.

— This is your field trip notebook. It's like a diary in which you'll have to write everything you see, so that when you tell people about it, you won't forget any detail. And now, off to bed! We have a long day ahead!

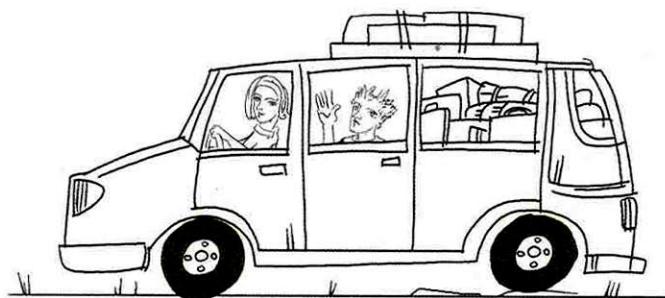
And she took him to the studio, where she had already made a bed for him.

CHAPTER 4

THE JOURNEY

Although Diego had spent the night in his aunt's studio before, this time he simply couldn't go to sleep. His mind was going 100 miles an hour. He had never seen a bat and he had never been on a trip like this with his auntie; he was looking forward to that, but he was also worried. He imagined the researchers would be a bunch of very old and boring men all wearing glasses and talking about difficult stuff all the time. He was also worried about the food. He being so picky, who knows what they would feed him! He was very anxious.

The other members of the research team arrived at 8:00 am sharp. Joaquin, Richard, Bernal and Claudia: Adriana introduced them all and told Diego that in Saltillo they would get together with other researchers who came from other universities. The meeting would be at the Museum



of the Desert; the people who worked there had helped them in the past and on this occasion they would also come to the research location.

They finally started the journey, but before leaving the city they had to make a stop to pick up some dry ice.

– This is it, said Joaquin, the leader of the expedition.

They parked in front of a big door. The place looked like a very weird warehouse; the sign on top of the door read “Dry Ice Factory La Quinceañera”.

– What on earth was dry ice and what did they want it for? Diego thought.

As if reading his thoughts, Adriana turned around and told him:

– We use dry ice because it's fifteen times colder than regular ice. It doesn't melt, so it doesn't get the products we freeze wet, and this is exactly what we need to keep the specimens and animal samples we collect in the field. Do you know what else dry ice is useful for?

Diego tried to guess but his mind was blank, until he looked outside the window and noticed a long line of ice cream and popsicle carts standing outside a building across the street.

– Ah! To keep ice cream and popsicles from melting, he answered proudly.

– Yes. And people also use it for ‘quinceañera’ parties. They use little pieces of dry ice so that the birthday girl can make her entrance with her escorts surrounded by white smoke. Do you know how they do it?

Diego had no idea and kept silent.

– I'm sure they taught you in chemistry class that carbon dioxide has 2 atoms of oxygen and one of carbon.

– Oh, *that!* yeah, sure... Diego had no idea what she was talking about.

– Do you remember the formula?

– Well...no. That's why I failed. That was one of the questions.

– One atom of carbon and two of oxygen make CO₂, like the girl who turns 15 and her two escorts.

– Oh, alright...

– Ok. So if you add pressure to carbon dioxide, part of it evaporates and the rest freezes, turning into a kind of snow, and if you keep pressing it, it turns into something similar to ice. That's what "dry ice" is. It doesn't melt because it isn't made out of water, like regular ice.

– Oh! I see...

Diego took out his notebook and wrote: "I finally understand what the freaking chemistry classes are useful for. If our teacher was not so closed-minded and had explained it like this, everybody would have passed the damn exam. Wish she could see me now, learning chemistry outside "La Quinceañera".



Just then, Joaquin got back into the van and said merrily:

– OK, everything's ready now. *Myotis planiceps*, here we come!

Diego kept wondering what the meaning of that weird name was.

As soon as they got to the highway, Joaquin sped up. Diego got a little nervous. He didn't know who was worse to have on the wheel: his clumsy and slow aunt, or this guy who was not a bad driver but was going like hell.

– Good thing my dad didn't meet him; he surely wouldn't have let me come along! he thought.

As they drove, the whole party talked a little about everything: movies, music; nothing Diego couldn't understand. Bernal played an MP3 salsa recording. After a while, Diego took out a CD from his backpack and gave it to him.

– Have you listened to this? My favorite song is on here.

Bernal burst into laughter.

– It's a little bit after my time, but let's hear it.

– Play the third one, that's my favorite, 'Helena'.

When the song started playing Joaquin said,

– Ah, I do know this one, and I like it a lot.

Then they talked about football. They were upset because their team played in the final that night and they wouldn't be able to watch the game. The members of the team joked and laughed a lot. They were nothing like the boring, stiff old men Diego had imagined.

Outside Querétaro they made a stop to have breakfast. Luckily for Diego, it was a place with a large buffet, so he could pick whatever he liked. This time he was safe.

The journey was very long. Someone told him it would take them something like ten hours to get to where they were going, and even that was without counting the time they spent at every stop.

But Diego was delighted. By now he was feeling very comfortable around the team. He felt close to everybody and was having a good time laughing and joking around.

The road was almost deserted. At some point they saw a group of little stands where they seemed to be selling animals. Diego asked what that was about and they decided to park and get closer to take a look. The guy in charge at that moment was a boy about Diego's age. They talked to him and found out that he was from a nearby community whose residents made a living out of selling all kinds of plants and animals dead or alive: squirrels, turtles, snakes, deer, eagles, lizards, etc. Diego looked at the members of the team and saw that they all seemed upset.

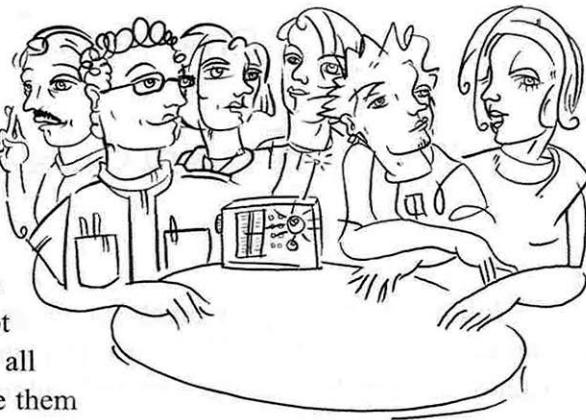
Once in the van, they got into a heated discussion on the subject. Listening to them, Diego understood that there was an agreement among the governments of many countries called CITES, the Convention on International Trade in Endangered Species of Wild Fauna and Flora, whose objective was to make sure that trade in animals and plants did not put species survival at risk. However, to Diego it was clear from the conversation that even when there are people working hard to stop illegal trade, the problem is not easy to solve, as there are many other issues to be taken into account. People also have needs and they are willing to do anything in order to cover them and be able to give their families a better life, even if some plants or animals disappear from the planet in the process.

– Apparently, the problems of the environment have a lot to do with the problems of human beings

Diego wrote in his notebook.

After several hours on the road, the team stopped again to eat. Diego was suffering a little with the meals. He did not know what kind of food there would be at the place, and he certainly could not come out

with his typical "I want my sushi" among these people. In any case, the only things available at this little restaurant were sandwiches and burgers, and even though they were not very good, they were all so hungry that they ate them without complaint.



It was also time for the soccer game and someone tuned on the radio to listen to it live. Diego had never listened to a game this way. People were all so excited, making comments and screaming just like bats at the moves as if they were seeing them, that Diego felt this was the best game he had ever attended--even if he wasn't there! To make things even better, it was their team who won the match.

The trip had had a very good start. It was not at all what Diego had imagined. They arrived in the city at night, and since they were all really tired they went to bed right away. They were going to start work very early in the morning and they agreed to meet at 8:00 am for breakfast.

Diego was exhausted. As soon as he entered the room with his aunt, he collapsed on the bed and fell asleep without even changing his clothes.

Adriana tucked him in tenderly and turned off the light.

CHAPTER 5

F RUSTRATION

The following morning at breakfast Diego found that his only options were fruit and scrambled eggs. His aunt winked at him and, in an act of bravery, he tried the eggs and had to accept that they were really good.

When they got to the Museum of the Desert they greeted the staff and went down to the director's office. His name was Arturo, and they talked to him for a good while about the expectations for the trip, and it all seemed very important. The rest of the researchers started to arrive, and soon the room was full of conversations both in English and Spanish, and then only in English. Diego had a funny look. He was making a huge effort to open his ears and understand what people said, but he was not very



successful. However, it was clear everybody was very excited about searching for the bat, and they seemed to be talking about the many things they could do if they found it.

Adriana then approached Diego and introduced him to each of the researches who would take part in the expedition. She told him that Stefi was an expert on parasites and she was going to take samples from the bats and examine them; Richard would record their sounds in an *anabat*, a special device which, connected to a computer, registers in a graph the sounds bats make and then transforms them into a frequency audible to humans. An expert in radios would also be helping them.

Joaquin was convinced that they would find the *planiceps* because the only problem was that no one had searched carefully enough for it.

After a while they went back to the parking lot, where Diego found there were two other vans ready for the trip; one of them had a dinosaur sticker on the door. This expedition really seemed like something taken out of a movie!

Once on the highway again, some members of the team took out a little machine that, as Adriana explained, was used to connect with satellites and tell you exactly where you are in the planet. It was called a GPS, which means Global Positioning System, and it had been programmed with the coordinates of the exact place in which the last reported bat had been captured. The machine was then their guide. As they followed its directions some little houses started to appear and eventually, they got to what seemed to be a school.

As they parked, a doorman named Don Gabino came out to greet them. Joaquin introduced himself, and the man went immediately to get the principal of the school. The team explained to her the purpose of their visit and told her that the GPS marked their school as the exact spot. The principal showed a lot of enthusiasm; she even seemed to be

proud. They asked for her permission to set up the nets in the school grounds and went to inspect the area.

After walking around for a while they found a “pileta;” a kind of pool used as a water reservoir for the plants. The team decided this was the perfect place to set up the nets, since it seemed to be the only source of water around and the bats would have to stop there at some point during the night to drink.

They set up the nets above a corner of the “pileta” and they sat down to wait for the bats to appear in the freezing weather. At the beginning they were all chatting cheerfully; they joked about the principal having been so nice because she had a crush on Joaquín, or about taking a quick swim in the dirty water or cooking the first bat that got caught to see what it tasted like. It was all obviously funny chatter to keep their good mood. However, as the hours went by and no bat was on sight, their good spirits started to fade and eventually they had to accept defeat. It was midnight already. They were retrieving the nets when they saw a number of men



approaching. They were carrying old rifles and demanded to know what the team was doing there. Diego was a little scared, but as the men came closer it became clear they were only the residents of the village who were concerned because they thought the team was up to something bad. Joaquin and Adriana explained the situation and told them they had the permission of the government and the school's principal. When the men heard this, they relaxed and even laughed with the team.

Diego and the research team went back to the hotel cold, hungry, tired, disappointed and a little bit depressed. They were starting to believe that the *planiceps* had disappeared for real and forever.

Diego flung himself on the bed, opened his notebook and started to write. He felt really frustrated, first because in spite of all the experts involved in the project, nothing had been found, and second because he could hardly understand the English conversations and this forced him to accept that, had he been more attentive in class, he would be having a much better time.

CHAPTER 6

THE DISCOVERY

In the morning, before going into the field, they stopped at a little store and bought bread, cookies, canned tuna and some snacks to keep hunger away during the day.

Adriana had lost a bit of her optimism and Joaquin looked upset, but he was determined to find the *planiceps*. They agreed to dedicate the day to scanning the caves in the surrounding area. They asked around for places where caves could be found, and once they got directions, they set out to look for them.

Unlike the night, it was a really hot day. Even though they were wearing caps and had enough water, this was hard work, and it didn't seem to be going very well. They couldn't find any real caves; only "cuevones," which were small and not very deep cavities. Not only were they unable to find the *planiceps*, they couldn't find any bats at all! Their only good finding was a group of those pictograms men painted many, many years ago. They were very pretty. Some of them were spirals and others were animal figures like deer and birds all in a terracotta color. It seemed unbelievable that they had not faded across the years.

Joaquin would not give up; he would not rest until he had found the bats and their refuge. They had to keep looking in other places.

It was next decided to try once again at the school. On the way there, they kept trying to figure out why they had not caught any bats the other

night. They discussed the probable causes and reached the following conclusion: they had to set up the nets in a different way. They would also try setting up some other nets in the surrounding little forest.

As they vans approached the school the teams could not help but laugh. There was a whole committee to welcome them. There was the doorman, the principal, several students, and some neighbours; surely they were all there hoping to see the extinct bat they had supposedly caught the night before. Joaquin's smile froze and, laughing, Adriana told him,

- And now? How are you going to tell them we haven't found it?
- Sh...oot! I never expected such a welcome. What do you say, we throw a coin to see who goes there first and tells them the cruel reality?
- No way! - They all laughed at once
- You're the leader, so you go and tell them!

And so, resigned to his duty, Joaquin got out of the van and approached the crowd to give them an explanation. Such is the life of a researcher; sometimes everything turns up nicely, and some others things go bad.

Soon afterwards they got back to work. This time the nets were arranged in the shape of a "V" above the center of the "pileta." There was only one problem: How would they reach the nets to collect the bats? The principal of the school had been looking closely at what they did that night, and she came up with the solution. She offered them an inflatable boat they kept in the warehouse. The team went happily to get the boat and then placed it in the "pileta." Javier managed to tie it up so that the wind wouldn't move it too much and they could move closer as soon as a bat was caught.

They now sat down next to the little boat and waited in the freezing weather again, only this time they had come prepared with blankets. It was all very dark and the team spoke to each other in English. Diego

was very frustrated that he couldn't understand everything they said; he had the impression he was missing important and funny stuff, because everybody was laughing. Still, he had to accept he now understood a little bit more than when he had first met them.

Suddenly, someone turned to the net and aimed at it with his lantern:

– There's a bat!" he cried –It's really small! – And there are others!

Everyone left what they were doing and ran towards the boat. Claudia and Bernal got on it and, without thinking, Diego jumped into it as well. They were all really eager for the bats, and their excitement made them crash against the net.

– Look out!

– Move to the left! Not so much!

– Balance the weight! We're gonna fall!

The boat bounced from one side to the other, and they got all soaking wet until they managed to get it steady.



– Diego, give me some light here! –Claudia said. –Get closer...hand me the gloves.

– See, they get really nervous when they get caught in the net; that's why they shriek so much, explained Bernal

– You have to untangle them little by little, like a scrambled wad of yarn; but you must be very careful because their wings are really fragile and can easily be broken.

Diego had never seen a bat before. He looked in amazement as Claudia and Bernal untangled the little animals one by one.

– Diego, hand me those little woollen bags over there. Open one please.

Almost shaking with cold and excitement, Diego helped the researchers get each bat into the bags. As they did this, Diego noticed that every bat was different from the others; one had very large ears, another one was brown and had a black face, and two more were very tiny.

They went back to the rest of the team and handed the bags to them. Joaquín opened the little sacks one by one, and as he took them out, he told them what species each bat belonged to. When he opened the last one, he looked inside but did not take out the bat. Apparently, this was the only one that might be a *planiceps*. They moved quickly to get their precision tools: the vernier, (a kind of ruler); a pesola, (a special scale); and a field research identification code, which is a small book containing descriptions of all the species of bats located in Mexico. Then they took the suspect into the van and, after making sure all windows were shut, they took it out. They measured everything, even the poor little guy's tongue! It turned out to be a female not bigger than Diego's pinky. It weighted only 3 grams and was only 12 cm long from wing tip to wing tip, just like a pencil.

When the team finally came out of the van, their faces were gleaming. There was no doubt about it: IT WAS A MYOTIS PLANICEPS! Ev-

erybody took a picture with the longed-for little animal, and everybody was joyful.

– Now we will be able to show it to the people –said Adriana with enthusiasm – The principal will be very happy.

When his turn came to hold the tiny animal in his hand, Diego had an amazing emotion; it was the first time he touched a bat.

She's so small! – he exclaimed – It's so light, and her fur is so soft... let's call her 'Helena', like my favorite song!

– Hold her carefully; you don't want to hurt her wings – said Adriana, who was very proud to see how natural it came to Diego to handle the little creature.

– And they are so fragile, the wings – answered Diego as he petted Helena. "They are so thin I can even see the veins in them!"

"Helena" was now nibbling on Diego's finger. It felt like tickling. Her mouth and teeth were so little they could not even grab the flesh in order to actually bite it. It even seemed more like the little animal was returning the boy's affectionate strokes. Diego spent a good time getting cozy with Helena before they had to put her back in the sack. He had become very fond of the tiny bat.

After the obligatory celebration with crackers and tuna and the toast to the successful mission, the team placed the sack containing Helena in a safe place and went to bed feeling happy and satisfied.

–We found the *planiceps* at last!
–wrote Diego in his notebook.



CHAPTER 7

THE CELEBRATION

On the following day they went straight to the Museum of the Desert. Everyone looked radiant. They had finally made it! The museum director could hardly restrain himself from jumping up and down. He called the person in charge of public relations and they summoned a press conference on the discovery of the *planiceps*. "Helena" was treated like a movie star. They took thousands of pictures and videos of her, and they talked about the significance of the discovery, the extinction of animal species and the importance of scientific research. There was not a moment's rest.

Next they got into an empty lab and released "Helena" in order to register her inaudible sounds using the anabat. Everyone was very thrilled the whole day and couldn't stop talking. That night they went back to the place where they had found Helena. They planned to stick a radio transmitter on her in order to follow her and find the place she used to rest during the day.

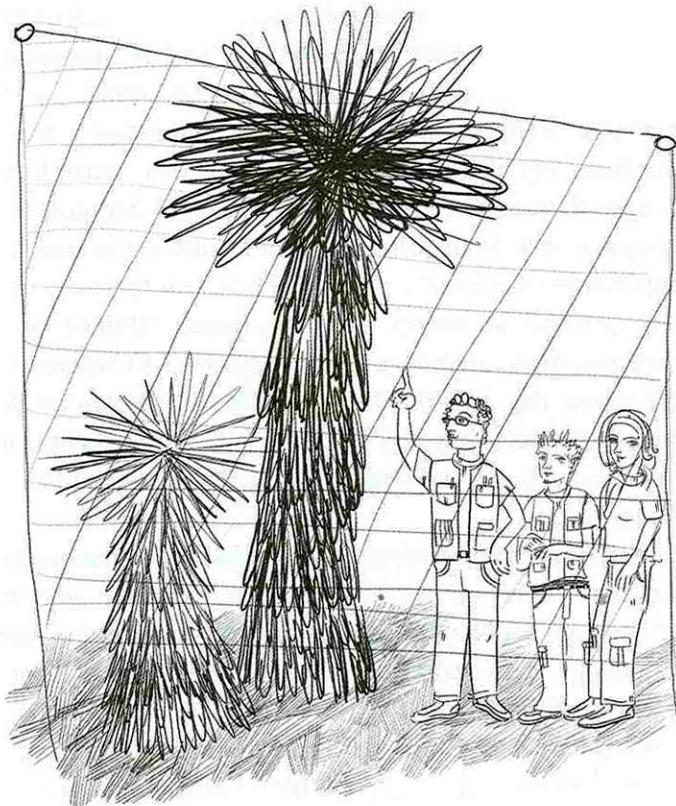
Diego now had mixed emotions. He had grown so attached to Helena that it pained him to see her go, but at the same time he understood that she would be happier to be free again, and that this way the researchers would be able to learn more about her species and prevent it from becoming extinct for real.

In the end, it was Diego himself who was chosen to set the bat free. He did his best to keep calm and cool, but he almost let out a tear.

– Goodbye Helena! – he said affectionately – I'll miss you very much.

And then he opened his hands and let the tiny bat go. Adriana came closer and held him as they both watched Helena fly away very fast.

Cuauhtemoc, the radio expert, turned on the receiver and the team followed the signal for a while, but then they lost it completely. They were starting to lose hope when the signal reappeared. Surely "Helena"



had gone into the forest to look for bugs to eat and that was why they had lost the signal. They followed it again, and the place it led them to was an unexpected one: a huge palm tree called a “yuca”.

– What could she be doing there? – Diego wondered.

They began to set up the nets immediately, and soon afterwards they were pretty much filled with bats.

– Wow! There are so many! – Diego yelled.

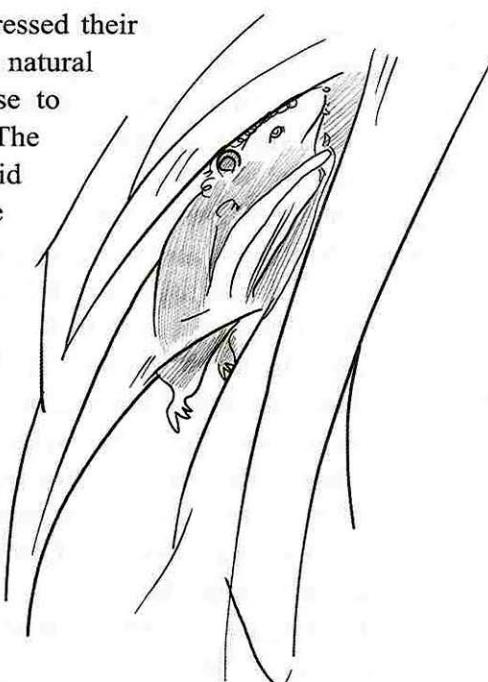
They never imagined there would be such a huge number. After the shock, everyone hurried to release the animals, and there were so many even Diego had to help. The poor little fellows shrieked in desperation, but Diego had to be very careful to untangle them like they had taught him. He was not afraid of them anymore, and he understood that they only made those noises because they were really scared themselves, so he talked affectionately to them and stroked them gently to soothe them as he set them free. As they flew off, he imagined their cries becoming a song that drifted through the trees.

When all the bats were back in the air, the team gathered the nets and talked cheerfully about their discovery. Not only had they found the refuge, but it had turned out to be inhabited by a colony of pregnant or lactating females! Hundreds of babies were protected with their mothers among the leaves of the yuca tree! The tree explained a very important thing to Diego: these bats were called *planiceps* because of their flat head, which allows them to get into the spaces between the leaves of the tree.

On their way back, they spent some good time talking to the residents of the place. This time they did show them some of the bats they had brought back from the yuca tree and told them everything about the discovery. The people seemed to be very proud, some of them simply because they had found the bats and others because it had happened

in their community. They expressed their commitment to look after this natural treasure they had had so close to home without knowing it. The members of the team finally said goodbye with the firm promise to come back soon; there was still a lot to do and find out about these tiny fellows.

Diego started to think about how he could help. There was a long time ahead before next summer and he didn't want to be left out of this fabulous experience. He came up with some ideas. As soon as he returned to school he would ask for permission to give a talk to his classmates and share with them what he had learned about bats. He would also try to organize a campaign to help raise money for research. He couldn't wait to start working on the project!



CHAPTER 8

GOING BACK HOME

On the last day of the trip, everyone was looking radiant. All their efforts, the months of preparation, the initial frustrations, the inconveniences, and the problems they went through--finding Helena had been worth all of that.

They made a stop at the museum to say goodbye. While the others talked to the staff, Diego spotted a computer and took his chance to run to it. He suddenly realized he had not chatted or checked his email since he had left home; he simply had not thought of it, or of sending text messages or anything like that. He then typed a message to all his friends: "FND IT, NOT XTINCT!!"

Back in the van, Diego felt happy. This had been an unexpected and fantastic adventure. It sometimes seemed to him like the researchers were not really doing any work, but rather they were playing while solving riddles with wit and patience.



Already on the road, Bernal plugged in the MP3 player and, turning the volume up as much as possible, played a popular Latin-American song called "No estaba muerto, andaba de parranda", which means

something like “he wasn’t dead; he was just partying”.

Diego was bursting with ideas and emotions, and didn’t know what to make of the things in his head and heart. Then he turned to his backpack, saw his research notebook and started to write.

– It was all so cool! I was part of the discovery of the century, and it was like finding a new dinosaur or a new planet!

To Diego, being part of the group of experts that rediscovered a supposedly extinct bat species was a breakthrough experience. He learned that working as a team is difficult but also very fun, and can give back really great rewards.

– I also found out that some of the boring stuff they teach us at school actually *does* have some use, like with chemistry and English – he wrote.

However, the coolest thing about the trip had been to have the chance to realize that there is a huge difference between watching nature on TV and actually experiencing it alive. The way things smell, how they feel, the weather of the desert are all things that you cannot feel through the screen of a TV or a computer.

Diego could now see his city approaching as they advanced, and before closing his notebook he wrote a final satisfying comment: “Imagining a bat or seeing it on a screen is not the same as actually touching its fur, so soft and warm, and looking into its tiny eyes while you feel its heart beating at top speed”.

ÍNDICE

Capítulo 1. El viaje a Cuernavaca	3
Capítulo 2. El libro rojo	6
Capítulo 3. La mochila	9
Capítulo 4. El camino	12
Capítulo 5. La frustración	18
Capítulo 6. El descubrimiento	22
Capítulo 7. El festejo	27
Capítulo 8. El regreso	31

INDEX

Chapter 1. The trip to Cuernavaca	35
Chapter 2. The red book	38
Chapter 3. The backpack	41
Chapter 4. The journey	44
Chapter 5. Frustration	50
Chapter 6. The discovery	54
Chapter 7. The celebration	59
Chapter 8. Going back home	63

Esta obra se terminó de imprimir
en julio de 2007 en los talleres de
Ediciones Corunda, S.A. de C.V;
Tlaxcala No. 17, Col. Barrio de
San Francisco, México, D.F.

Diego tiene 12 años, acaba de terminar el curso escolar, reprobó unas materias y sus papás están muy enojados con él. Está muy preocupado porque parece que va a ser el peor verano de su vida. Ni se imagina la gran sorpresa que pronto le dará un misterioso mamífero volador.

Diego is 12 years old, he has just finished the school course, reproached some matters and his parents are very angry with him. He is very worried because seems that is going to be the worst summer of his life. He can't even imagines the great surprise that soon will give him a mysterious flying mammal.



Laura Navarro nació en la Ciudad de México en 1966. Estudió Pedagogía en la UNAM. Lleva casi 15 años trabajando para que la gente conozca mejor a los murciélagos y que no les tenga miedo. Además ha escrito otros seis cuentos sobre estos animales y ha recibido varios premios por su trabajo.

Los dibujos los hizo Juan Sebastián Barberá, un reconocido artista mexicano, que ha presentado varias exposiciones tanto en México como en otros países y que también ha ilustrado otros libros de la autora.

Laura Navarro was born in Mexico City in 1966. She studied Teaching in the UNAM. She has been working for over 15 years so that the people know bats better and do not feel afraid about them. She has written other six stories about them and has received various prizes by her work. Juan Sebastián Barberá done the drawings, he is a recognized Mexican artist, that has presented several exhibitions in Mexico and in other countries, he also he has illustrated other books of the author.

